

CULTURA Y RAZÓN. ANTROPOLOGÍA DE LA LITERATURA Y DE LA IMAGEN

Manuel GONZÁLEZ DE ÁVILA

(Barcelona: Anthropos Ediciones, 2010, 301 págs.)

Las humanidades y las ciencias sociales están cambiando en estos comienzos del siglo XXI. La palabra «interdisciplinariedad», que con frecuencia se ha empleado como una especie de connotador mítico para legitimar las pretensiones intelectuales de muchos trabajos cuyos logros efectivos no estaban a la altura de sus ambiciones, parece ir cobrando una genuina consistencia en monografías como la que aquí presentamos. Enraizada en el campo de la semiótica y de la teoría de la literatura, la obra extiende el alcance de sus aportaciones metodológicas y teóricas hacia las ciencias sociales, y en particular hacia la antropología, de suerte que lo que encuentra el lector entre sus páginas son las principales cuestiones de los estudios contemporáneos sobre el lenguaje, la literatura, la imagen y la cultura, pero tratadas con la amplitud de miras y con la profundidad de pensamiento de lo que el autor propone como unas inéditas «ciencias sociohumanas».

Resulta difícil, tras la lectura de este libro, no estar de acuerdo en que las investigaciones sobre la cultura, verbal o visual, tienen mucho que ganar de su colaboración con las ciencias sociales, en un momento en el que se están gestando en distintas áreas del planeta unas «nuevas humanidades» menos

vagarosas y políticamente autocomplacientes que lo que suele calificarse, en general, de «estudios culturales». Pues si *Cultura y razón* aborda algunos de los temas clásicos de la teoría de la literatura y de la literatura comparada (por ejemplo, las posibilidades científicas de la primera, o los fundamentos y tipos prácticos de la segunda, o la naturaleza de la autobiografía), y también de la teoría de la imagen (tales como la actual competencia académica entre los estudios visuales y la semiótica de la imagen, los vínculos entre el discurso verbal y el icónico, o la crítica de la cultura de la imagen), lo hace siempre con una exigencia racional, argumentativa y demostrativa, que convence más que muchas de las digresiones propias del ensayismo humanístico. Los largos razonamientos a los que el autor se entrega sobre los nudos problemáticos de una gran diversidad de disciplinas, y sobre los proyectos más comprometidos de la cultura contemporánea, pueden por momentos abrumar al lector. Sin embargo, éste sale de ellos con la sensación de que ha merecido la pena el esfuerzo, y de que ahora comprende mejor cosas como las sucesivas teorías del sujeto que ha producido Occidente; la sobreabundancia e interés de los procedimientos reflexivos en la cultura contemporánea, sobre todo en la filosofía y en el arte (en la pintura, la fotografía, el cine o la videocreación); los ásperos debates entre los defensores de la objetividad o intersubjetividad del discurso histórico y los que lo ven más bien como un ejercicio literario, como un relato de ficción; las razones por las cuales los filósofos de la cultura desconfían de la antropología cultural y los modos en los que procuran desacreditarla; y, en general, una amplia gama de asuntos que llevan décadas preocupando a los profesores, investigadores e intelectuales de los cinco continentes.

Al cerrar el libro, tras un epílogo teñido de melancolía en el que González de Ávila deplora la crisis de las humanidades y de las ciencias sociales, pero haciendo en parte responsables de ella a los mismos profesionales que las practican, el lector tiene la impresión de que la radicalidad sociopolítica de su anterior obra, *Semiótica crítica y crítica de la cultura*, ha dejado su lugar a una radicalidad científica que algunos podrían tildar incluso de «cientista». ¿Quizá cree el autor, como parece apuntar aquí y allí en su libro, que la mejor política consiste hoy en hacer bien su trabajo, y que el trabajo científico bien hecho en las disciplinas que tratan del hombre, de sus símbolos, de su sociedad y de su historia, tiene necesariamente repercusiones políticas favorables? Si es así, González de Ávila puede estar contento del libro que ha escrito, y considerarlo como una labor socialmente útil. Aunque quizá dicha creencia esté marcada por un exceso de idealismo humanista, del que las mismas ciencias sociales que invoca y convoca, y que conoce en pro-

fundidad, hubieran podido curarle. En cualquier caso, bienvenida sea una obra grande y en muchos sentidos admirable, que da que pensar y que ayuda a crecer a cuantos nos dedicamos a la cultura.

Daniel Acle Vicente
Universidad de Salamanca

